

San Juan Crisostomo

XXII

Homilía sobre la santa Pascua.

OPORTUNAMENTE podemos hoy todos exclamar con el profeta David: *¿Quién contará las obras del poder de Yavé? ¿Quién podrá darle toda la alabanza que merece? ¡He aquí que ha Plegado la para nosotros deseada y saludable festividad; es a saber, la Resurrección del Señor Jesús, que es motivo de paz y causa de reconciliación; y que ha removido las guerras, acabado con la muerte y derribado al demonio! ¡Hoy los hombres se han mezclado con los ángeles, y los que están vestidos del cuerpo cantan himno a la par de las Potestades incorpóreas! ¡Hoy se ha echado por tierra la tiranía del demonio! ¡Hoy se han roto las ataduras de la muerte! ¡Hoy se ha concluido la victoria del* infierno!

Por esto podemos hoy levantar aquel canto profético: *¿En dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿En dónde, oh infierno, tu victoria? ¡Hoy nuestro Señor Jesucristo rompió las puertas de bronce y acabó con la muerte misma! ¿Qué digo con la muerte? ¡Su mismo nombre lo cambió, y ya no se llama muerte, sino sueño y dormición! Porque antes de la venida de Cristo y del ensalzamiento de la cruz, el nombre mismo de la muerte era temible. El primer hombre escuchó como una muy grave pena aquella sentencia: *En cualquier día en que comieres, morirás.* Y el bienaventurado Job con este nombre la designó: *¡La muerte es descanso para el varón!* Y el profeta David decía: *¡La muerte del pecador es pésima!* y se designaba con el nombre de muerte, no solamente la separación del alma y el cuerpo, sino al infierno mismo. Oye al patriarca Jacob cómo dice: *¡Llevaréis mi ancianidad con dolor hasta el infierno!* Y también el profeta: *¡El infierno ensanchó su boca!* Y otro profeta: *¡Me libraré del lago inferior!*, o sea del profundo averno. Y en muchos otros pasajes del Antiguo Testamento encontrarás que el paso de esta vida se llama muerte o infierno.*

Pero, como Cristo, el Dios nuestro, se ofreció en sacrificio, y luego se siguió la resurrección, el benigno Señor suprimió esos nombres, y trajo al mundo un modo de vivir extraño y novedoso; y desde entonces al paso de esta vida no se le llama muerte, sino sueño y dormición. Y ¿cómo se demuestra esto? Oye a Cristo que dice: *¡Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy para despertarlo del sueño!* Porque así como a nosotros nos es fácil despertar y volver en sí al que duerme, así lo es para el común Señor de todos, el resucitar a los muertos.

Mas, como era nuevo y extraño lo que El había dicho, ni los mismos discípulos entendieron lo que decía, hasta que, acomodándose Él a la debilidad de ellos, les dijo todo más claramente.

Y el Doctor de todo el orbe, Pablo, escribía a los Tesalonicenses: *No quiero que ignoréis, hermanos, lo tocante a la suerte de los que ya durmieron, para*

prístina dignidad. Porque cuando yo veo que mis primicias han alcanzado la victoria sobre la muerte, ya no temo la guerra, ya no me horroriza. Ya no considero mi debilidad, sino que miro lo inmenso del poder que peleará por mí. Pues, quien venció la tiranía de la muerte y le quitó su fuerza ¿qué no hará en adelante por los de su linaje, cuya forma por su grande clemencia se dignó revestir, y por medio de ella bajó a la arena y se puso a combatir contra el demonio?

Hoy por todo el orbe de la tierra hay gozo y alegría espiritual. Hoy, también, todo el coro de los ángeles y todo el conjunto de las celestes Virtudes se alegran por la salud de los hombres.

¡Piensa, pues, carísimo, en la magnitud del gozo, ya que también las Potestades superiores celebran con nosotros la festividad: ellas se alegran de nuestro bien! Porque, aunque esta gracia está propiamente ordenada por el Señor para nosotros, con todo, ellas participan de nuestro gozo. Y por esto no se avergüenzan de celebrar fiesta con nosotros. Pero ¿qué digo, que nuestros consiervos no se avergüenzan de celebrar la fiesta juntamente con nosotros? ¡El Señor nuestro y de ellos no se avergonzó de hacerlo! ¡Ni solamente no se avergonzó, sino que anhela celebrar la fiesta con nosotros!

Y ¿cómo quedará esto en claro? Óyelo al tiempo en que dice: *¡Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros!* Pues si deseó comer la Pascua, es cierto que también deseó celebrar la fiesta con nosotros. Viendo, pues, tú no solamente a los ángeles y a todo el coro de las celestes Potestades y al mismo Señor de los ángeles, celebrar la fiesta con nosotros, ¿qué cosa te falta para alegrarte?

¡Que nadie el día de hoy esté triste por su pobreza! ¡Se trata de una fiesta espiritual! ¡Que ningún rico se ensoberbezca por sus abundantes riquezas; porque nada puede añadir con sus riquezas a esta festividad! En las fiestas profanas, en donde hay grande pompa y boato y grande abundancia de manjares en las mesas, con razón el pobre se halla en tristeza y tiene que bajar sus ojos de pena, mientras el rico se encuentra entre delicias y goces. Y esto ¿por qué? Porque anda el rico ceñido de espléndidas vestiduras y prepara una mesa mucho más abundante; mientras que al pobre le impide su estrechez el ostentar un lujo parecido. Pero nada que a eso se parezca hay aquí. ¡Lejos está toda esa desigualdad! ¡Una misma es la mesa para el rico y para el pobre, para el siervo y para el libre! ¡Si eres rico no por eso tendrás más que el pobre; y si pobre, nada menos que el rico!

No se disminuye la abundancia del banquete espiritual por motivo de penurias; porque divina es esta gracia y no entiende de discriminación de personas. Pero ¿qué digo ponerse a una misma mesa el pobre y el rico? Más aún: una misma mesa se pone delante al que anda ceñido de diadema y ataviado de púrpura y que tiene en su mano el imperio del universo, y al pobre que está por allá sentado y pide limosna. Porque de esta naturaleza son los bienes espirituales: se comunican y distribuyen no según las dignidades, sino según las voluntades y los buenos propósitos. Con la misma confianza se acercan a la participación y al uso de los divinos misterios el

emperador y el pobre. Pero ¿qué digo con el mismo honor? ¡Muchas veces el pobre se acerca con mayor confianza!

Y esto ¿por qué? Porque el emperador, distraído con los cuidados y los negocios, y rodeado por todas partes de diversas circunstancias, como si estuviera en medio del mar, así es agitado de todos lados por las olas que se le echan encima, y se mancha con muchos pecados. En cambio el pobre, libre de todo eso, y solamente solícito de lo que ha de comer, y llevando una vida libre de negocios y tranquila, como si estuviera sentado en un puerto seguro y en lugar sereno, se presenta ante esta mesa.

Pero, no solamente por lo dicho, sino por otras muchas causas, a quienes celebran fiestas profanas, se les ofrecen muchas ocasiones de tristeza. Porque semejantes fiestas el rico las celebra con gozo y el pobre con tristeza, no únicamente por la abundancia de las mesas, sino además por los vestidos espléndidos y la excelencia de los mantos. Y lo que padecen por causa de la abundancia de las mesas, eso lo sufren también por motivo de los vestidos. Cuando el pobre observa al rico refulgente por sus vestiduras, se desgarrar de dolor y se estima como miserable y rompe en maldiciones. Pero en esta otra festividad, semejante tristeza se halla excluida, puesto que solamente hay una vestidura que sea saludable. Por esto Pablo exclama: *¡Todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo!*

En consecuencia, os ruego que no deshonremos esta festividad, sino recibamos los dones que la divina gracia nos ha concedido con una disposición de nuestro ánimo que sea digna. No nos entreguemos a la embriaguez y a la crápula; sino más bien, teniendo en cuenta la munificencia de Dios con nosotros, y cómo ha honrado igualmente a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los libres, y nos ha enviado un don común a todos, correspondamos con iguales servicios a nuestro bienhechor por esa benevolencia que nos ha mostrado. Y el congruo servicio con que podemos corresponderle es vivir en una forma que le sea agradable, con un ánimo vigilante y temperado.

La presente festividad no requiere dineros, no necesita riquezas ni erogaciones, sino un buen propósito y una alma pura. Nada corporal hay aquí que pueda comprarse, porque todo es espiritual, como son la doctrina de las Sagradas Escrituras, las oraciones de los sacerdotes, las bendiciones, la comunicación de los divinos y arcanos misterios, la paz y concordia, los dones espirituales dignos de la munificencia del dador de ellos. ¡Celebremos pues esta festividad en la que ha resucitado el Señor, porque resucitó y juntamente resucitó a todo el universo! El resucitó habiendo roto las ataduras de la muerte; y a nosotros nos resucitó desatando las cadenas de nuestros pecados. Pecó Adán y murió; no pecó Cristo y murió. ¡Cosa nueva y singular! ¡Aquél pecó y murió! ¡Este no pecó y murió! ¿Por qué motivo? ¿Por qué causa? ¡Para que el que pecó y murió, por medio del que no pecó y murió pudiera quedar libre de las ataduras de la muerte!

Esto mismo suele suceder cuando se trata de dineros. Debe alguno a otro plata, y no puede pagar y por esto se le aprehende. Pero otro, que nada

debía, pero que está en posibilidad de pagar, entrega el dinero y libra de la cárcel al deudor. Pues algo parecido pasó entre Adán y Cristo. Deudor era Adán y sujeto estaba a la muerte, y estaba encarcelado por el demonio. Cristo nada debía ni estaba encarcelado. Con todo, vino y pagó la deuda de muerte en lugar del encarcelado para así librarlo de las ataduras de la muerte. ¿Ves el preclaro fruto de la resurrección? ¿Ves la benignidad del Señor? ¿Ves la grandeza de la providencia? ¡No seamos pues ingratos para con tan grande bienhechor; ni porque ya pasó el tiempo del ayuno nos tornemos perezosos! Mas bien, ahora cuidemos de nuestra alma con mayor empeño que antes, con el fin de que no suceda que, engordada la carne, el alma se haga más débil: ¡no sea que cuidando de la esclava, descuidemos a la señora! ¿Qué utilidad hay, pregunto, en que reventemos de gordos y pasemos toda medida? ¡Con eso incluso el cuerpo se destruye y el alma recibe daño! Tomemos tanto de alimento cuanto pide la necesidad; para que de este modo demos lo conveniente así al alma como al cuerpo; y para que no disipemos apresuradamente lo que con el ayuno habíamos recogido.

¿Prohíbo por esto el uso del alimento y la recreación? ¡No lo prohíbo! Únicamente exhorto a que no nos excedamos de lo necesario y a que cortemos el nimio placer, a fin de que no suceda que, pasándonos de la medida, dañemos la salud del alma. Porque en verdad ni siquiera disfrutará de placer aquel que se propasa de los límites de la necesidad: ¡cosa que saben muy bien los que, la han experimentado! ¡Porque se procuraron infinitos géneros de enfermedades y sufrieron enormes molestias!

Por esto, dando por terminada esta materia, voy con mi discurso a los que en esta noche, portadora de luz, han sido dignos de recibir el bautismo. Es decir, a estas hermosas plantas de la Iglesia, a estas flores espirituales, a estos nuevos soldados de Cristo. Antier Cristo pendía de la cruz, pero ahora ya ha resucitado. Del mismo modo, éstos antier aún estaban retenidos por el pecado, pero ahora resucitaron con Cristo. El murió en su cuerpo y resucitó; éstos estaban muertos por el pecado y han resucitado del pecado. De manera que la tierra, en esta estación primaveral produce rosas, lirios y otros géneros de flores; pero hoy las aguas, mucho más amenas que la tierra, nos ofrecen todo un prado de flores.

¡Y no te admires, carísimo, si del agua han brotado prados cubiertos de flores! Porque tampoco la tierra allá en sus principios brotó los gérmenes de las plantas de su propia naturaleza, sino por mandato de Dios. En aquel entonces, las aguas produjeron animales dotados de movimiento, porque oyeron el mandato: *¡Produzcan las aguas en abundancia animales que en ellas se muevan!* Y el precepto se convirtió en hechos: ¡la sustancia inanimada produjo seres vivientes! Pues ahora ese mismo precepto y del mismo modo ha obrado totalmente. Entonces dijo: *¡Produzcan las aguas animales que en ellas se muevan!* Ahora en cambio no producen animales con vida, sino que derraman sus dones espirituales. Entonces las aguas produjeron peces destituidos de razón; ahora, en cambio, nos han engendrado peces racionales y espirituales, a los que los apóstoles han pescado. Porque dice: *¡Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres!*

¡Nuevo género de pesca! Porque los pescadores pescan peces en las aguas y una vez capturados los matan. Nosotros, en cambio, arrojarnos al agua los que son cogidos, y reciben la vida. También antiguamente había entre los judíos una piscina de agua. Pero, ¡advierte qué es lo que ella podía, para que veas con mayor claridad la pobreza de los judíos; y al mismo tiempo observes nuestra abundancia! *¡Bajaba, dice la Escritura, el ángel y movía el agua; y el primero que descendía, después del movimiento del agua, alcanzaba la salud!* Bajó el Señor de los ángeles a las corrientes del Jordán y habiendo santificado la naturaleza del agua, sanó a todo el orbe. Por esto allá, el que descendía después del primero, ya no sanaba; porque era aquella una gracia concedida a los judíos enfermos, y que aún se arrastraban por la tierra. Acá, en cambio, tras del primero baja el segundo y tras del segundo el tercero y el cuarto. Y aunque digas infinitos, y aunque eches a estas corrientes espirituales a todo el orbe de la tierra, la gracia no se consume, el don no se agota, las corrientes no se manchan, la liberalidad no disminuye.

¿Has visto la grandeza del don? ¡Oíadlo vosotros los que en esta noche habéis sido inscritos como ciudadanos de la celestial Jerusalén! ¡Custodiad en una forma digna de su grandeza estos dones, para que alcancéis y os atraigáis gracia más abundante! Porque el alma agradecida por lo que ya ha recibido, provoca la munificencia de Dios. Ya no te es lícito, carísimo, vivir de cualquiera manera; sino que has de ponerte tú mismo leyes y reglas para hacer todas las cosas con perfección; y has de poner sumo cuidado en guardar aun los preceptos que se juzgan leves. Toda la vida presente es un certamen y una batalla. Por esto, todos cuantos una vez han entrado en este estadio, conviene que sean del todo Continentes. *¡Porque todo el que combate en el certamen, dice la Escritura, se abstiene de todas las cosas!*

¿No ves en los certámenes gimnásticos cuánto cuidado de sí mismos tienen los que han echado sobre sí la carga de la lucha con los hombres, y cómo ejercitan su cuerpo con tan grande continencia? ¡Pues acá las cosas van por el mismo camino! Porque no es nuestra batalla con hombres sino con los espíritus de la maldad, conviene que nuestro entrenamiento y nuestra continencia sean también espirituales. Espirituales son también las armas de que Dios nos ha revestido. ¡Tengan pues los ojos en su término y sus reglas para que no se vayan a la ventura sobre cualquier objeto que se les ofrezca; tenga también la lengua su cerco y no se adelante sin razón! Por esto los labios y los dientes fueron puestos como guardianes de la lengua, a fin de que nunca salte ella fuera de la puerta, ni se desplieguen los guardias a la ligera; sino que una vez que la lengua haya dispuesto convenientemente todo lo que le atañe, finalmente se adelante con todo decoro y ornato; y profiera palabras tales que agraden a los que oyen; y hable aquellas cosas que han de producir edificación en los que las perciben.

Conviene desde luego evitar toda risa disoluta y salir al público andando modestamente y no en forma precipitada, y llevando la túnica ceñida. De este modo conviene que se arregle de todo en todo y se componga quien ha dado su nombre en los certámenes para este estadio de la virtud. Porque la compostura exterior de los miembros viene siendo una como imagen del estado interior del alma.

Si desde un principio nos ajustamos a estas costumbres, fácilmente en adelante, al ir subiendo en el camino, recorreremos todas las virtudes, y no necesitaremos de poner excesivo trabajo, y del cielo lograremos muy grande auxilio. De esta manera podremos pasar con seguridad por entre los oleajes de esta vida. Y tras de haber vencido todas las asechanzas del demonio, conseguir los bienes eternos, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.